

Ir por la vida: ¿De turista o de profeta?

CARMELO BUENO

«... le oyó (Felipe) leer al profeta Isaías y le dijo: ¿Entiendes lo que vas leyendo? El (el eunuco etíope) le contestó: ¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?... Felipe, entonces, partiendo de este texto de la Escritura (Is 53, 7-8) se puso a anunciarle la Buena Nueva que es Jesús...» (Hch 8, 26-40).

«... él (Jesús mismo) les dijo: ¡Insensatos y tardos de corazón para entender lo que dijeron los profetas!... Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras...» (Lc 24, 13-35).

La pretensión de las páginas siguientes, que intentaré sean breves, es hacer de Felipe o de Jesús para aquellos que, en más de una ocasión, intentaron penetrar en el sentido de algunos textos proféticos y sintieron el deseo de que alguien les sirviera de guía en la lectura, estudio y comprensión de los mismos (1).

(1) Para una lectura y comprensión, semejante a la propuesta, de los textos proféticos más sobresalientes se puede consultar el excelente trabajo de J.L. Sicre, *Los profetas de Israel y su mensaje (Antología de textos)* Cristiandad, Madrid, 1986, trabajo del que me he servido en muy buena parte para este artículo.

En la raíz de esta pretensión se halla una de las actitudes más genuinas de todo profeta: Contemplar el *texto* de la realidad para, a la luz de su experiencia del Dios fiel y misericordioso, arrancar-arrasar/edificar-plantar (Jr. 1, 10). Y esto, porque los hilos que tejen la historia, los planes que transforman lo creado, las relaciones que entablan los hombres, las frustraciones, la vida y las utopías de cada uno son el *libro de texto*, que hojea el turista para organizar su descanso, y ojea el profeta para denunciar el silencio de su Dios, auscultar los susurros de su Dios y vocear su presencia y sus mensajes. (2)

Así, empezaré por las denuncias para concluir con los anuncios. Y, como es evidente, ante la multitud de textos que podrían conformar esta breve antología comentada se impone la selección, que, aquí, quiere guiarse por el criterio fijado en el Nuevo Testamento para denunciar las grandes tentaciones (Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13) y, en consecuencia, anunciar las respectivas alternativas y esperanzas.

1. *El profeta denuncia la tentación de tener y acaparar*

«Escuchadme jefes de Jacob, príncipes de Israel:
vosotros que detestáis la justicia y torcéis el derecho, edificáis con
sangre a Sión, a Jerusalén con crímenes.
Sus jefes juzgan por soborno,
sus sacerdotes predicán a sueldo,
sus profetas adivinan por dinero;
y encima se apoyan en el Señor diciendo:
¿No está el Señor en medio de nosotros?
No nos sucederá nada malo.
Pues por vuestra culpa Sión será un campo arado,
Jerusalén será una ruina,
el monte del templo un cerro de breñas». (Miq 3, 9-12).

(2) La pregunta «¿qué es un profeta?» se ha planteado y respondido en muchísimas publicaciones de libros y artículos. Para aquellas personas interesadas señalo: G. Ruiz, *Los profetas no han muerto* (suplementos de la revista Vida Nueva, serie Teología y Biblia); A. Neher, *La esencia del profetismo*, Salamanca, 1975; G. del Olmo Lete, *La vocación del líder en el A.T.*, Salamanca 1973; J.C. Crenshaw, *Los falsos profetas*, Bilbao, 1986; J. Alonso Schökel, *Profetas I*, Cristiandad, Madrid, 1980, 29-80.

Según parece como más probable, Miqueas (3) es un hombre que procede del campo. Su pueblo es Moreset-Gat, situado en la llanura existente al ir de Jerusalén hacia el mar en dirección Sur-Oeste. No creo que sea muy difícil imaginar la diferencia de vida (vivienda, modo de trabajo, alimentación, lujo, posibilidades de vida...) en un pueblo agricultor-pastor y en la gran ciudad de Jerusalén, allá por los años del 730-700 ac.

A Miqueas, el creyente y profeta, en ese subir a Jerusalén y bajar a Moreset, le tienen que bailar en la cabeza las claves explícitas para comprender la realidad que viven él y los suyos. ¿Será posible que tantos peregrinos en Jerusalén canten «con verdad» los versos del salmo 122?

«Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor...
Jerusalén está construida como ciudad bien trazada...
En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David.
Desead la paz a Jerusalén: Los que te quieren vivan tranquilos,
haya paz dentro de tus muros, tranquilidad en tus palacios...»

En el texto profético que Miqueas nos ha dejado no aparece esta alabanza al templo y la ciudad de Jerusalén. Más bien aparece todo lo contrario. Miqueas parece haber descubierto la trama oculta, la verdadera causa, la estructura radicalmente injusta, que ha edificado el templo y la ciudad de Jerusalén. Los agentes que han urdido esta trama son quienes deben escuchar esta denuncia del profeta. Los agentes de esta estructura social son aquellos que, en nombre de Dios, tienen toda la autoridad para actuar como testigos de este Dios: Los jefes, los sacerdotes del templo y los que son tenido por profetas oficiales.

- Los jefes, a quienes les corresponde preocuparse de la justicia, primero detestan toda justicia; luego, tuercen todo lo recto, es decir, aplican la ley a ritmo del soborno; y, en tercer lugar, han edificado a Jerusalén con la sangre de los pobres explotados, acumulando crímenes por la implantación de medidas ciertamente sangrantes.

(3) Para una mayor comprensión de la personalidad, mensaje, situación histórica y social... de Miqueas puede consultarse: Alonso Schökel-J.L. Sicre, *Profetas II*, Madrid, 1980, 1033-1072; B. Renaud, *La formation du livre de Michée*, EtB, París, 1977; J.L. Sicre, *Con los pobres de la tierra* Madrid, 1985, 288-292.

- Los sacerdotes, a quienes les corresponde la enseñanza de la ley de Dios, sólo predicán si hay buena paga. Y, así, la palabra de Dios, que es vida, sólo lo es para quienes pueden pagarla, comprarla. Y ¿los pobres?
- Los profetas, a quienes les corresponde la tarea de anunciar a Dios, sólo trabajan por dinero. Y aún tienen la desfachatez de decir que Dios está con ellos y que a Jerusalén no le ocurrirá nada, que todo está ordenado según el plan de Dios.

Así se levanta una gran ciudad, que para el peregrino ingenuo es motivo de admiración y alabanza, y para el profeta es motivo de denuncia y de condena: Esta no es la ciudad de Dios, nadie en este templo podrá ofrecer un culto verdadero. Ni en la ciudad elegida, que dejará de serlo, ni el templo, quedará piedra sobre piedra. La ruina debe ser total.

Poco importa que este mensaje de Miqueas no sea plenamente original suyo. Casi un siglo más tarde esta condena de Miqueas, recordada por los más ancianos, salvará la vida de Jeremías (Jr 26). Y, no es difícil encontrar amplias referencias a este mensaje en el actuar de Jesús contra el templo y su institución, llamada a ser signo de presencia de Dios aquí y convertida en garante de la injusticia y discriminación de personas y pueblos (Mt 21, 10-17; Mc 11, 15-17; Lc 19, 15-48; Jn 2, 13-16).

Por todo esto, sobrados motivos tendrá Mateo para señalar a Belén y no Jerusalén, como lugar para el nacimiento de Mesías de Dios (Mt 2, 1).

Y hoy, ¿quién es esta Jerusalén? ¿Quiénes, estos dirigentes? ¿Quiénes, estos sacerdotes? ¿Quiénes, estos profetas? No creo que se precise demasiado discernimiento ni dones del Espíritu Santo para identificar en personas e instituciones las personas e instituciones del Israel de Miqueas. Quizá sólo apuntar un criterio que señala Miqueas: «Al ritmo del dinero, el poder establece la injusticia, caiga quien caiga, para mantener la imagen de la ciudad bien organizada». Y lo último, para nuestra actualidad, demasiadas alabanzas de peregrinos se oyen entre nosotros y muy poquitas palabras de un profeta...

2. *El profeta denuncia la tentación del culto fácil e injusto*

«Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma;
escuchad la enseñanza de nuestro Dios,
gente importante de Gomorra.
¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios?
—dice el Señor—.
Estoy harto de holocaustos de carneros,
de grasa de cebones;
la sangre de novillos,
corderos y machos cabríos no me agrada.
Cuando entráis a visitarme (¿...?)
¿quién os pide esto al pisar mis atrios? No me traigáis más dones
vacíos,
el incienso me resulta execrable.
Novilunios, sábados, asambleas...
no aguanto iniquidad y festividad.
Vuestras solemnidades y fiestas las detesto,
se me han vuelto una carga que no soporto más.
Cuando extendéis las manos (en oración),
cierro los ojos;
aunque multipliquéis las plegarias,
no os escucharé.
Vuestras manos están llenas de sangre.
Lavaos, purificaos,
apartad de mi vista vuestras malas acciones,
cesad de obrar mal, aprended a obrar bien.
Preocupaos por el derecho, enderezad al oprimido,
defended al huérfano, proteged a la viuda.» (Is 1, 10-17)

Este texto de Isaías (4) tiene un evidente parecido con Amós 5, 21-24.
La composición redaccional es sencilla:

v 10. Invitación a escuchar dirigida a un determinado grupo de personas.
vv 11-15. Exposición de la denuncia: No aguanto iniquidad y festividad.

(4) Para un mayor acercamiento y comprensión de Isaías cfr. J.L. Sicre, *Con los pobres...*; Alonso Schökel, *Profetas I*, 93-398 y más en concreto, 97-112 y 118-121.

vv 16-17. En conclusión, urge un cambio de conducta para los «aficionados» a este determinado tipo de culto.

Al hilo de tres preguntas, siguiendo la estructura del poema, deseo presentar el mensaje de este texto de Isaías:

a) *¿A quiénes y para qué se dirige el profeta? (v. 10)*

La respuesta es breve, el profeta por medio de una instrucción se dirige a los príncipes de Sodoma y a la gente importante de Gomorra y les exhorta imperativamente (oíd-escuchad) a prestar atención a la palabra de Dios. El paralelismo del verso 10 es muy evidente:

oíd	la palabra	príncipes	de Sodoma
escuchad	la enseñanza	gente importante	de Gomorra

b) *¿Qué mensaje les proclama/denuncia el profeta? (vv 11-15).*

Este Isaías de los años 740-730 aC. critica de la gente antes apuntada un tipo de culto, una manera (estilo) de entrar en relación con Dios.

Crítica: Los sacrificios de comunión rituales destinados a conseguir la unión de los hombres con la divinidad.

Los holocaustos, sacrificios por excelencia agradables a Dios, ya que toda la víctima era consagrada a Dios.

Las ofrendas vegetales, complemento de los sacrificios sangrientos.

La ofrenda del incienso, producto de elevadísimo valor.

Los novilunios, sábados, asambleas, fiestas anuales...

La oración diaria.

Esta crítica de Isaías parece una descalificación radical de todo el culto. Algo así como decir: Todo culto a Dios es «pérdida de tiempo», es algo vacío e inútil. No, Isaías descalifica y critica este culto concreto, el que viene celebrándose en el templo de Jerusalén y que cualquier turista o peregrino acrítico calificaría de «grandioso, solemne, magnífico». Aparentemente esta apreciación superficial del peregrino era

cierta. Aquel culto de la Jerusalén de Isaías era grandioso, lo mejor y en los mejores momentos era consagrado a Dios y no como señala Mal 1, 3 en su tiempo.

Isaías critica este culto porque ha descubierto la trama oculta, que se pretende oscurecer con la pomposa apariencia de los ritos. Y esta trama está tejida por la iniquidad y la injusticia. El profeta lo detecta, lo proclama y lo denuncia: Este culto, en apariencia solemnísimo y magnífico, está vacío. Es más, se trata de un culto idolátrico, porque:

v 17. Dios (y el profeta) no aguantan más tanta fiesta, rito y culto... cuando es fruto de tanta iniquidad e injusticia. En síntesis, «no aguanto iniquidad y festividad.»

v 15. Esta iniquidad e injusticia está bien patente y es evidente: «Vuestras manos, las que se elevan para la súplica y la ofrenda culturales, están llenas de sangre, están llenas de «matar» o de «dejar morir».

A pocos creyentes se les escapará la relación de este texto de Isaías con aquella parábola de la «higuera maldecida»: Ahí tenéis la higuera del culto, florida y hermosa, pero sin fruto. Para nada sirve. Será cortada y arrancada de cuajo... y al poco se le cayeron las hojas y quedó seca hasta la raíz... (5)

Y ¿habrá hoy también en la cristiandad cultos solemnísimos y grandes fiestas culturales que sean consecuencia de la iniquidad y tengan como fruto la pura palabrería y el vacío de la justicia? Si las hay, que las hay, el Dios de Jesús también las detesta.

c) *¿Se podrá hacer algo, profeta, pues nuestro culto no es agradable?*
(vv 16-17)

Isaías vendría a respondernos y dice, apoyado en la fuerza del imperativo:

(5) Para ampliar el estudio de la relación higuera-templo en Mc, cfr. J. Gnllka, *El Evangelio según S. Marcos II*, Salamanca, 1986, 142-165; y también, otros comentarios significativos de Marcos como el realizado por Fco. de la Calle en Pikaza-De la Calle, *Teología de los evangelios de Jesús*, Salamanca 1971; C.Bravo Gallardo, *Jesús, un hombre en conflicto*, Santander, 1987.

- 1.º Lavaos y purificaos de la iniquidad realizada.
- 2.º Apartad de mi vista... y cesad de obrar mal. Prohibición absoluta de volver a las andadas.
- 3.º Aprended a obrar bien y preocupaos por el derecho y la justicia. Exigencia de iniciar caminos nuevos.
- 4.º Enderezad al oprimido,
defended al huérfano,
proteged a la viuda.

La progresividad de los imperativos señala el camino de la auténtica conversión, que culmina, no en la gran utopía, sino en la realidad misma (la persona del oprimido, la del huérfano y la de la viuda).

¿Más claridad? Si Dios ama a los pequeños, a los débiles..., si el oprimido, el huérfano y la viuda son los preferidos de Dios, los sujetos directos de su amor entrañable (Dt 10, 8; Sal 68,6; 146, 9...) son evidentes. Este es el culto de Dios con los hombres. Así, ha de entenderse correctamente el culto que pide del creyente: Este mismo amor entrañable y no otro. Y, en definitiva, dígame como se desee, este es el culto que el propio Jesús pide a los suyos y sus seguidores: «Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre,... los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (6).

Intentando ser fieles al mensaje de Isaías y a la práctica de Jesús ¿Tendríamos que decir que todo culto carece de sentido? No, pero más de «unos pocos», que se celebran entre nosotros, sí. Y, en esta constante bíblica que se ha apuntado, se me descubre como muy nuclear de la fe aquello de «donde no hay justicia no hay verdadero culto, verdadera liturgia, verdadero sacramento» (7).

3. *El profeta denuncia la tentación de divinizar todo poder humano*

«Este es el sueño que tuviste estando acostado. Te pusiste a pensar en lo que iba a suceder, y el que revela los secretos te comu-

(6) Para el estudio de estas palabras del evangelio de Juan en las que Jesús entra en diálogo con la samaritana, cfr. J. Mateos, *El Evangelio de Juan*, Madrid, 1979, 222-249; R. Brown, *El Evangelio según Juan I*, Madrid, 1979, 368-391;

(7) Cfr. J.M. Castillo, *La alternativa cristiana*, Salamanca, 1978, 302-321.

nicó lo que va a suceder. En cuanto a mí, no es que yo tenga una sabiduría superior a la de todos los vivientes; si me han revelado el secreto es para que le explique el sentido al rey y así pueda entender lo que pensabas.

Tú, rey, viste una visión: una estatua majestuosa, una estatua gigantesca y de un brillo extraordinario; su aspecto era impresionante. Tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies de hierro mezclado con barro. En tu visión una piedra se desprendió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y barro de la estatua y la hizo pedazos. Del golpe se hicieron pedazos el hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, triturados como tamo de una era en verano, que el viento arrebató y desaparece sin dejar rastro. Y la piedra que deshizo la estatua creció hasta convertirse en una montaña enorme que ocupaba toda la tierra.

Este es el sueño; ahora explicaremos al rey su sentido: Tú, majestad, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha concedido el Reino y el poder, el dominio y la gloria, a quien ha dado poder sobre los hombres dondequiera que vivan, sobre las fieras agrestes y las aves del cielo, para que reines sobre ellos, tú eres la cabeza de oro. Te sucederá un reino de plata, menos poderoso. Después un tercer reino, de bronce que dominará todo el orbe. Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro. Como el hierro destroza y machaca todo, así destrozará y triturará a todos.

Los pies y los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de alfarero, representan un reino dividido; conservará algo del vigor del hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla. Los dedos de los pies, de hierro y barro, son un reino a la vez poderoso y débil. Como viste el hierro mezclado con la arcilla, así se mezclarán los linajes, pero no llegarán a fundirse, lo mismo que no se puede alear el hierro con el barro. Durante esos reinados, el Dios del cielo suscitará un reino que nunca será destruido ni su dominio pasará a otro, sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, pero él durará por siempre; eso significa la piedra que viste desprendida del monte sin intervención humana y que destrozó el barro, el hierro, el bronce, la plata y el oro. Este es el destino que el Dios

poderoso comunica a su majestad. El sueño tiene sentido.» (Daniel 2, 29-45).

Daniel (8), sabio y profeta, está contemplando la persecución sistemática a la que es sometido su pueblo de Israel en los años de Antíoco IV (170-164 aC). ¿Qué palabra de Dios puede comunicar a los suyos, perseguidos por mantenerse fieles a esa misma palabra? ¿Habrá que seguir hablando para que sigan muriendo por esa misma fidelidad a la palabra? ¿No será mejor callarse?

El profeta y sabio exhorta a la resistencia cuando parece que todo, en la vida de Israel, camina hacia el comienzo del final. Esta exhortación a la fidelidad nace de la contemplación crítica de la historia. Aquí es donde se manifiesta la lucidez del sabio y la esperanza del profeta. Daniel no es un erudito que hace de la historia una recopilación de datos en tono enciclopédico-poético y no va por esa historia como «turista de talante arqueológico». Daniel, el sabio, relee la historia como lugar teológico, como signo del tiempo donde Dios ha hablado y pronunciado una palabra de esperanza. La palabra descubierta por el sabio historiador y proclamada por el profeta de Dios es que «el único poder viene de Dios y la tentación humana es absolutizar todo poder conquistado y el único poder que durará siempre, no es el segundo, sino el primero».

¿Cómo se expresa esto en el texto? Veamos.

Los versículos 29 a 36 («Este es el sueño... ocupaba toda la tierra») son la descripción del sueño, son la narración de la historia de Israel desde la vuelta del exilio (538 aC) hasta la llegada de Antíoco IV y con él la situación de persecución religiosa de Israel (167-164 aC). El oro corresponde al imperio babilónico, la plata es el imperio medo-persa, el bronce —que dominará todo el orbe— es el imperio de Alejandro Magno; el hierro, sucesor del bronce, es el imperio de los Ptolomeos y Seléucidas, sucesor de Alejandro Magno. La historia de los matrimonios y alianzas de estos reinos son la mezcla del barro de alfarero con el hierro. Un reino dividido que camina, sin remedio, hacia su des-

(8) Cfr. Alonso Schökel, *Profetas II*, 1225-1231. Y para el texto que presento consúltese en concreto las páginas 1236-1243. Puede verse también el interesante trabajo de J.Alonso Díaz, *Daniel*, B.A.C., Madrid, 1971.

trucción. Esta clave de interpretación de la historia pasada se nos ofrece en los versículos 36-45.

Esta larga historia es la sucesión de un poder tras otro. Todos caerán, ninguno permanece y es posible que el profeta Daniel no apueste por el poder que desean alcanzar, por medio de la lucha armada, los Macabeos, quienes guiados por su talante nacionalista y religioso, desean alcanzar la libertad política y religiosa, que se les niega por parte del poder establecido del seléucida Antíoco IV.

Daniel apuesta por los métodos de Dios y cree que este Dios actuará. Esto es lo que viene a señalarse con la «piedra desprendida sin intervención humana», que deshace todo poder y crece hasta ocupar la tierra como el inmenso monte del Señor de Is 11, 9. El poder de Dios, la justicia de Dios, el amor entrañable de Dios, no son jamás identificables con cualquier poder humano y menos quizá, con el poder nacional-religioso, sea del signo que sea.

Y ¿cuál es este poder de Dios, esta justicia de Dios, este amor entrañable de Dios? El texto de Daniel no lo señala. Tendríamos que referirnos a otros textos del mismo sabio-profeta, el capítulo 9, por ejemplo. Pero su comentario nos llevaría fuera de nuestros propósitos en este artículo. Pero, ya en este camino, tendríamos que llegar a esa tercera tentación que «aguanta» Jesús en el desierto ante la contemplación de todos los reinos del mundo y de su gloria.

Dios es el único Señor. No hay otro poder. Y, todo poder humano que pretenda consolidarse en exclusiva será tenido, por todo creyente de verdad, como idolatría.

4. *El profeta anuncia, frente al tener y poseer, el servicio de liberar.*

«El espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado a dar la buena noticia a los que sufren,
para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar la amnistía a los cautivos
y a los prisioneros la libertad,
para proclamar el año de gracia del Señor,

el día del desquite de nuestro Dios;
para consolar a los afligidos,
los afligidos de Sión;
para cambiar su ceniza en corona,
su traje de luto en perfume de fiesta,
su abatimiento en cánticos.»

(Is 61, 1-3)

Este texto de Isaías nos resulta suficientemente conocido tanto por la importancia en sí del mensaje como por la repercusión que ha tenido en los escritos del Nuevo Testamento, y en particular, en Lucas, que hasta se atreve a ponerlo en boca de Jesús cuando éste es invitado a proclamar la lectura en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14ss.).

Dos anotaciones deseo realizar, nada más, para llamar la atención y provocar la consecuente reflexión y alumbrar, así, la actualidad que pueda encerrar este anuncio.

Primera anotación, sobre el tema del poema: El Espíritu y la misión, que inciden directamente sobre el profeta. Así, el profeta, como el rey, el sacerdote... es un ungido (9). Es decir, el Espíritu y la fuerza de Dios están en él, o, dicho a la inversa, el profeta es el signo del actuar de Dios. Dios se hace presente en el profeta, con una finalidad, con una misión: «para...». Destaco esta misión del profeta, suscitada en él por la presencia de la fuerza del actuar de Dios:

- «para dar la buena noticia a los que sufren». Y la buena noticia para el que sufre ¿Qué otra cosa puede ser, sino la liberación de su dolor?
- «para vendar los corazones desgarrados». Y, en la mentalidad hebrea, el corazón desgarrado viene a referirse a la totalidad de la persona desgarrada, abatida, rota,...
- «para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros». Y, esta amnistía, ¿Qué otra cosa puede ser, sino la de considerar al otro como persona y como hermano, libre de todo encarcelamiento?

(9) Para la comprensión de esta teología de los ungidos ver, G. von Rad, *Teología del AT I*, Salamanca 1982, 381-433 y *Teología del AT II*, Salamanca 1984, 211-218.

- «para proclamar el año de gracia del Señor»: que Dios sea el único Señor y que todos los hombres seamos hermanos en la gran casa de la creación. Esta es la señal de la gran liberación, el año de gracia.
- «para consolar a los afligidos».
- «para cambiar la ceniza, el luto y el abatimiento.»

Una misión, en síntesis, que constituye todo un proyecto ético, que tiene como fundamento la justicia, el compartir y la liberación. ¡Qué lejos está todo este programa de todo legalismo externo y formalista!

Segunda anotación, sobre la repercusión de este mensaje en el evangelio de Lucas. Es significativa la lectura interesada que hace Jesús y que provoca el asombro en los oyentes de Nazaret. Jesús lee la vieja palabra de Isaías y señala el punto final del mensaje: «El Espíritu el Señor... el año de gracia del Señor». En Isaías continúa el texto y el paralelismo del verso: «El año de gracia del Señor» // «El año de venganza del Señor». En Jesús se ha roto este paralelo. Dios sólo es gracia. Dios no es «gracia» y «venganza». Dios no es salvación y perdición. Dios sólo es salvación. Dios sólo es perdón, y para todos. Cualquier concesión al nacionalismo, incluso religioso, está fuera del espíritu de Jesús.

La novedad, pues, de Jesús, de Lucas, del Nuevo Testamento, y del cristianismo es sustancial con relación a la mentalidad de Isaías, del A.T. y del judaísmo. Por ello, no es extraño que los paisanos de Jesús se admiren, por un lado, y, a la vez, se molesten tanto que quieran despenarlo.

Y, ¿para nuestros días? Ojo con todo tipo de dualismos, atención ante tanta imagen de un Dios de dos caras, mucho cuidado con afirmaciones respecto al doble futuro que le aguarda a la esperanza cristiana (10). Dios es gracia, sólo perdón. Para el cristiano no hay «día de venganza de nuestro Dios».

5. *El profeta anuncia, frente al vacío culto injusto y ritualista, el verdadero culto de la acción y oración intrínsecamente unidas*

«Al comienzo del reinado de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, Jeremías recibió esta palabra del Señor:

(10) Cfr. Ruiz de la Peña, *La otra dimensión*, Madrid, 1980; p.270; J.Jeremías, *Las parábolas de Jesús*, Estella 1970, p. 263.

Así dice el Señor: Ponte en el atrio del templo y di a todos los vecinos de los pueblos de Judá que vienen al templo a adorar al Señor todo lo que te mando decir y no dejes ni una palabra. A ver si se convierte cada uno de su mala conducta y yo puedo arrepentirme del castigo que preparo contra ellos por su malas acciones. Les dirás: Así dice el Señor: Si no me obedecéis, siguiendo la ley que yo os promulgué, y escuchando lo que os dicen mis siervos los profetas, que yo os envió sin cesar, aunque vosotros no escucháis, yo trataría a este templo como el de Siló, y esta ciudad será fórmula de maldición para todas las naciones.»

(Jeremías 26, 1-6)

Son los años (11) 600 y poco aC. El Reino del Sur, Judá, ha visto cómo sus hermanos del Norte han sido, ya hace tiempo, desterrados. Judá se siente bendecido por Dios en la posesión del suelo patrio, en la persona del rey, en la prosperidad de su capital —Jerusalén—, en la grandiosidad de su catedral —templo—, en la solemnidad de los ritos, fiestas, celebraciones que en ella se tienen. En este ambiente, y como casi siempre, la presencia del profeta viene a colocar una palabra crítica que pone en peligro tanta «seguridad» mal fundamentada.

Esta palabra crítica debe oírse allí donde más eco puede alcanzar. Por eso, el profeta se coloca en el atrio del templo y allí habla: «Ponte en el atrio del templo y di a todos», haz y habla, gesto y palabra.

Jeremías parece insinuar que las palabras que Judá pronuncia y anuncia en el templo y las acciones que realiza en él no están íntimamente relacionadas. No hay coherencia en la vida de Judá. En el templo se proclama la alabanza, se presentan los sacrificios, se dialoga con Dios... pero en la vida no se vive la ley, no se practica la justicia y el derecho. Si la incoherencia permanece, la solución vendrá por la desaparición del templo, el abandono de todo culto, el ocultamiento de la presen-

(11) Para comprender la persona y el mensaje de Jeremías, así como su época histórica, ver: Alonso Schökel, *Profetas I*, 399-411 y 537-540; J.M Caballero Cuesta. *Análisis y ambientación de los textos de Jeremías*, Burgos, 1971; C. Westermann, *Comentario a Jeremías*, Madrid, 1972. J.L. Sicre, *Los dioses olvidados*, Cristiandad, Madrid, 1979, 140-148, aunque no comenta este texto, sin embargo, ofrece una visión concreta de la crítica del profeta al poder y la riqueza, que ayuda a situar el porqué de la denuncia del capítulo 26.

cia de Dios en medio de su pueblo. Culto en el templo y práctica de la ley en la vida caminan por sendas opuestas. El final no puede ser otro que la desaparición, el destierro y la muerte. Este parece ser el balance que el profeta acierta a concluir. Y, ante esta situación, no puede enmudecer, se sitúa en la puerta del templo y habla, como antes habló Miqueas de Moreset, como luego hablará Jesús de Nazaret. La estructura social y religiosa de estas diversas situaciones es semejante, los anuncios de los profetas son semejantes, las reacciones de los oyentes son semejantes (oídos sordos al mensaje y persecución al profeta) y los desenlaces también son semejantes (situaciones insostenibles que terminan en la ruina, el destierro...). Con muchas garantías de seguridad el profeta intuye y hasta conoce que las cosas van a discurrir por estos derroteros, pero se resiste a que tenga que ser así y, por eso, «en y frente al templo, habla». ¿Qué hace y qué dice? Háce: ¿Quién podía levantarse en el templo y hablar? Sin embargo, a nadie ha pedido permiso para tomar la palabra. La fuerza del gesto le vienen de Dios.

Dice: Ahí está la ley, contada por los antepasados, escrita y promulgada, celebrada. ¿Por qué no se traduce en vida? ¿Por qué tiene que reinar la injusticia? ¿Por qué cada uno realiza sus planes al margen del proyecto de Dios? ¿Por qué tanta falsedad entre la celebración ritual y la práctica de la ley? Sed coherentes y tendréis vida (tierra, reyes, ciudades, templo, futuro...). Sed incoherentes y tendréis ruina (exilio, esclavitud, ciudades extranjeras, destrucción del templo...).

Y, ¿en tiempos de Jesús? Con dos apuntes dejo iniciada la respuesta. El Nuevo Testamento ha dejado constancia clara de su comprensión de Jesús: «Recorría las ciudades anunciando la Buena Noticia y curando toda enfermedad» (Mt 4, 23). Este era su culto verdadero: hacía y decía en coherencia y a ello invitaba. Y la segunda, no importa el templo como lugar de la presencia de Dios en el mundo y entre los hombres, importa la adoración a Dios en espíritu y en verdad en cualquier lugar de la creación, que toda ella es templo de Dios, lugar de la realización del verdadero culto, el de la misericordia y no el de la ofrenda de sacrificios vacíos, formalistas y externos. Cuando se vive la misericordia se le puede llamar a Dios, en verdad, Padre.

Y, ¿en nuestros días? Al hilo de las referencias que he ido señalando desde el texto de Jeremías y la práctica de Jesús, ¡Cuánto rito y cuánta liturgia estética, formalista y externa habría que renovar! El mandato del Concilio Vaticano II, después de más de 20 años, sigue sin obedecerse en muchísimos lugares: «Para que en la sagrada liturgia obtenga con mayor seguridad gracias abundantes, la santa madre Iglesia desea proveer con solicitud a una reforma general de la liturgia.» (SC 21). Quizá estemos en momentos de «sacralización» de lugares, gestos y personas... que poco tienen que ver con la orientación cristiana nacida del culto y práctica de Jesús. Quizá, por ello, es hora de invocar la fuerza y presencia del Espíritu y de escuchar en el interior de nuestros corazones y comunidades la voz del Señor que se anuncia en ese «así dice el Señor».

6. *El profeta anuncia, frente a la dominación de todo poder, el Reinado de Dios*

«Saldrá un renuevo del tocón de Jesé,
y de su raíz brotará un vástago.
Sobre él se posará el espíritu del Señor:
espíritu de prudencia y sabiduría,
espíritu de consejo y valentía,
espíritu de conocimiento y respeto al Señor.
No juzgará por apariencia
Ni sentenciará sólo con oídas;
juzgará a los pobres con justicia,
con rectitud a los desamparados.
Ejecutará al violento con la vara de su boca,
y al malvado con el aliento de sus labios.
La justicia será cinturón de sus lomos
y la lealtad, cinturón de sus caderas.
Habitará el lobo con el cordero,
la pantera se tumbará con el cabrito,
el novillo y el león pacerán juntos,
un muchacho pequeño los pastorea.
La vaca pastará con el oso,
sus crías se tumbarán juntas;
el león comerá paja con el buey.

El niño jugará con la hura del áspid,
la criatura meterá la mano
en el escondrijo de la serpiente.
No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo,
porque está lleno el país del conocimiento del Señor,
como las aguas llenan el mar.»

(Isaías 11, 1-9)

Señalo, en primer lugar, algunas anotaciones para la mejor comprensión del texto e indico, después, algunas orientaciones de reflexión.

a) Los vv 1-5 constituyen la primera unidad del poema, en ellos se presenta la *personalidad* y el *actuar* del «tocón de Jesús». Su personalidad viene dada por estar «en él» el Espíritu del Señor. Los rasgos marcados de esta personalidad se señalan en las cualidades siguientes: Prudencia, sabiduría, consejo y valentía, conocimiento y respeto del Señor. Las cuatro primeras características son fácilmente comprensibles y deseables para aquella persona que deba ejercer la autoridad. Pero, el conocimiento y respeto del Señor, cualidades señaladas en la tercera bina, ¿no apuntan hacia características de índole intimista y de trato personal entre el «renuevo-rey» y Dios? ¿Qué es, pues el conocimiento y el respeto del Señor?

La respuesta la encontramos en los versos siguientes, y con ello entramos en la descripción del actuar en este «renuevo». Conocer y respetar al Señor es:

«Juzgar a los pobres con justicia
y a los desamparados con rectitud.
Ejecutar al violento con la vara de su boca
y al malvado con el alimento de sus labios».

En síntesis, establecer la justicia en favor de los débiles. Esta conclusión no es una originalidad de este poema, sino que es una constante de la teología bíblica: Conocimiento de Dios es practicar la justicia en favor de los pequeños y desamparados. Es, precisamente, esta práctica la actuación que desea para quien debe ejercer la autoridad. Este es el actuar que se anuncia llevará a acabo «el renuevo del tocón de Jesús».

Los versos 6-11 constituyen la segunda unidad del poema. Las imágenes animales son utilizadas como claro simbolismo para perfilar la realidad del perfecto establecimiento de la justicia. La clave de interpretación de los símbolos animales (personas, instituciones, gobiernos, países) la encontramos en el último verso: «No habrá daños ni estragos en el país, pues todo está lleno y penetrado del conocimiento de Dios (práctica de la justicia). ¿Qué justicia? ¿La que reina en la realidad cotidiana entre lobos y corderos, panteras y cabritos, leones y novillos, osos y vacas? No, porque sería la justicia del más fuerte, la justicia del poder agresivo y destructor. Será la justicia:

del fuerte y poderoso lobo que habitará bajo el mismo techo que el débil cordero,
de la fiera pantera que sesteá con el indefenso cabrito,
del todopoderoso león que comparte la dieta vegetariana con el novillo. Y, todo ello, al mando de la autoridad pastoral de un muchacho pequeño. ¿Qué justicia es ésta y dónde se practica? ¿No es éste un anuncio del paraíso?

Esta justicia, o más bien, esta manera de practicar la justicia, ha desterrado el miedo del débil respecto al poderoso, la violencia del fuerte contra el pequeño e indefenso, y ha establecido la paz que brota de la práctica de la justicia, del conocimiento del Señor. ¿Nos encontramos, pues, ante el anuncio de una gran utopía, ante el anuncio de que sólo la actuación milagrosa de Dios puede encarnar entre nosotros esta práctica de la justicia?

La osadía del profeta está precisamente en este punto, al anunciar que: Esta manera de practicar la justicia, que desterrará de la obra de la creación el miedo y la violencia, es obra del «renuevo del tocón de Jesé», porque Dios, desde luego y fuera de toda duda, siempre practica esa justicia que inaugura y recrea la fraternidad universal.

¿No habrá que relacionar este «renuevo» con el niño-pastor de lobos, panteras y leones, y con la criatura que juega con la serpiente en su escondrijo?

Y una anotación final, que nadie malinterprete y haga blasfema esta palabra (Is 11, 1-9), porque en ella no vea otra cosa que alusiones a

un mundo bucólico, expresado por medio de una plasticidad formal y literaria elevadas, y que al leerla y saborearla sólo detecte en su interior sensaciones de goce estético.

b) Las orientaciones para la reflexión las inicio con una pregunta que recoge las dos realidades a que, presumiblemente, se refiere el profeta. Con el apunte de estas dos orientaciones dejo al lector campo abierto a su reflexión y práctica de la justicia.

Esta es la pregunta: ¿Dónde está ese «renuevo» (=rey autoridad) y dónde encontrar ese paraíso de la fraternidad universal (reinado de Dios) lleno del conocimiento del Señor y penetrando por la práctica de la justicia? o dicho de un modo más técnico, ¿Se refiere el profeta a un rey de aquí o tiene sus miras puestas en una persona del futuro, escatológica, que realizará el sueño del paraíso?

Respuesta 1^a. Ya ha habido autores que han expresado sus conclusiones. Para la mayoría, el profeta parece referirse a un futuro rey Mesías, ya que el príncipe-rey del que habla Isaías dista mucho de los reyes y autoridades humanas que conocemos, y su reinado, también dista mucho. (12)

Respuesta 2^a. Para otros autores, el profeta parece hablar en el mismo tono y con la misma intención con que se habla en la concepción de la monarquía sagrada, y más en concreto, en el lenguaje cortesano. En esta literatura-teología cortesana las características que atribuye Isaías al renuevo del tocón de Jesé (=rey) se las atribuían a cualquier rey. (13)

Respuesta 3^a. El anuncio, la buena noticia del profeta está ahí como auténtica palabra que descubre el plan y el actuar de Dios, y en este sentido, su palabra está ahí como palabra de Dios para los hombres y como palabra que es salvación. Una palabra, anuncio, que a cualquier lector le parece humanamente imposible, utopía. Qui-

(12) Gressman, *Der Messias*, Gotinga, 1929, 247. Feuillet, *Le messianisme du Livre d'Isaias*, en *Etudes d'exégèse et de théologie biblique*, París 1975, 225. Estas son las más directas defensas de la postura.

(13) Mowinckel, *El que ha de venir*, Madrid 1975. Este autor relaciona esta postura con su interpretación de los salmos reales del Salterio.

zá la única respuesta humana sea la osadía de creerla y comprometer la vida por hacerla realidad, de la misma manera que el profeta ha tenido la osadía de comunicarla y no guardársela en su intimidad secreta. No resultaría muy difícil señalar personas, instituciones, gobiernos y hasta países que han sido y «serán signos» de que estas palabras del profeta anuncian verdad. Estos «signos» anuncian que frente a tantísima tentación (teórica y práctica) de divinizar y absolutizar poderes y autoridad humanos, es una osadía (buena noticia de Dios) entender y realizar la autoridad como servicio a los más débiles y pequeños. Esta es la práctica de la justicia que Dios quiere y que se identifica con el verdadero conocimiento de Dios y de su reinado.